

El caso Kouachi: Cuando la libertad de expresión inhibe la libertad de pensamiento

Jean-Jacques Dubois

¿Hay libertad de expresión sin libertad de pensamiento?

Para tener la libertad de expresión se necesita algo que expresar. La libertad de expresión no es la libertad de hacer ruido. Convocamos a Soeren Kierkegaard, quien escribe: “*La gente exige la libertad de expresión para compensar la libertad de pensamiento que prefieren evitar*”.

¿Por qué prefiere evitar el pensamiento? Porque el pensamiento conlleva sus exigencias. De entrada, hay que eliminar el pseudo pensamiento: pensar como todo el mundo, no es pensar. Es participar en la “construcción” del ruido, otra palabra para decir alienación. Eso corresponde, como dice Félix Guattari, en la consolidación de “la subjetividad dominante”.

¿Cuáles son las exigencias del pensamiento?

Para reflexionar sobre cualquier fenómeno se necesita una posición paradójica: una alternancia entre distancia y no distancia. La distancia, o disyunción, consiste en este espacio de libertad entre yo, el observador, y el fenómeno observado, u observación. Aquí es el cerebro izquierdo que tiene la primacía. Eso es la posición objetiva que no influye sobre el fenómeno, mientras que la posición subjetiva, la de la no distancia, o conjunción, entre yo y mi observación, involucra que el todo (la realidad y los eventos exteriores) está dentro de la parte (mi interioridad, mi persona). En mi cerebro derecho, reflejo de todo mi cuerpo, no hay solamente Charlie sino también Kouachi, los tres yihadistas, el evento, y toda la dinámica histórico-social francesa implicada, concentrada, en lo que Marcel Mauss calificaría de “hecho social total”. Volveré sobre este importantísimo tema.

1. “*Ni llorar, ni reír, sino comprender*”, podría decir Baruch Spinoza. La no distancia permite una comprensión “total”, o sistémica, de este “hecho social”. Sin embargo, esta comprensión, o pensamiento, está accesible en mi cuerpo totalmente informado, como por un tipo de intrincación cuántica, por una energía que invade mi cuerpo, siendo mi cuerpo el inconsciente. A este nivel subjetivo, no hay sufrimiento. Desde entonces, la compasión para con Charlie no puede ocurrir ni siquiera para con Kouachi. Luego no voy a llorar ni a reír. Reír que no es más que un mecanismo de represión para no sentir el sufrimiento compasivo, siendo la compasión una reacción objetiva que, al estimular las neuronas espejo inhibe la sensibilidad a mi cuerpo que contiene la información, o energía, para la comprensión del fenómeno. La libertad de pensamiento, sin la cual no existe

libertad de expresión, no tolera ni los llantos, ni la broma, ni la burla, ni la sátira. Charlie no ejercía la libertad de pensamiento, condición sine qua non para la libertad de expresión. Pero se aprovechaba de la libertad de ruido disfrazada so pretexto de libertad de expresión.

2. El pensamiento no puede limitarse en el momento presente. Un pensamiento no puede prescindir de colocarse en una continuidad involucrando el pasado y el futuro. Es una adaptación nueva que toma en cuenta sus causas, sus consecuencias, sus efectos. Preocupado por su ruido, Charlie no se ha dado cuenta que hacía la promoción de la extrema derecha, el Front National, dirigida por Marine LePen. Al ridiculizar a los musulmanes, Charlie hacía el juego del Front **Nazional** que está a punto de tomar el poder en Francia. Si Charlie hubiera ejercido su deber y su libertad de pensamiento, antes de ejercer una dicha “libertad de expresión”, no habría caído en la burla y la sátira, es decir en el ruido. Charlie debe aprender ahora la lección de Kierkegaard que “*el contenido de la libertad es la verdad*”, que jamás se presenta en forma de burla, ni de odio.
3. El pensamiento es delincuente, marginal, revolucionario. Es siempre una transgresión del paradigma de “la subjetividad dominante”. “*La verdad, escribe Kierkegaard, solamente existe para el individuo en cuanto él mismo la produce actuando*”. Añade: “*la verdad es la acción de la libertad, de tal modo que ésta no cesa de producirla [...] no pienso aquí a las orgías de espíritu de la filosofía contemporánea.*” ¿Es verosímil pensar que Charlie forma parte de la vanguardia de las orgías de espíritu “maléfico” de nuestra modernidad? “*Quien quiere hacer el ángel hace la bestia*” decía Blaise Pascal. Edgar Morin nos explica esta palabra sabia: “*No basta tener buenas intenciones para hacer buenas acciones. Toda acción se inscribe en una complejidad de interacciones y de retroacciones que escapan a la voluntad de quien ha nacido [...] la acción puede desviar y aun volver del revés, invertir la intención inicial. Hay ilusiones éticas en el espíritu humano. Creemos obrar para el bien de la humanidad, y hacemos lo contrario.*”

Es así que el Charlie de la extrema izquierda se pone al orden de la extrema derecha. Lejos de ser delincuente, revolucionario, el pseudo pensamiento de Charlie favorece inconscientemente, con sus actos fallidos freudianos, el retorno del viejo fascismo católico, exacerbando un fascismo equivalente, su doble, el fascismo islámico. Es como si hubiera, desde el profundo inconsciente colectivo francés (incluso toda la modernidad) un deseo irreprimible de volver a los brazos de la Virgen María.

La modernidad occidental – siendo la revolución francesa su evento fundador – ha entrado en una crisis irreversible manifestándose por la posmodernidad y la dictadura

universal del neoliberalismo capitalista. La inseguridad, el sufrimiento, entre los franceses particularmente, es visible, audible, tangible. Y cuando un sistema social entra en una fase de desgaste, agotamiento, desorden, hay siempre una subida reactiva del autoritarismo. Lo reprimido socio-histórico del sistema tiende a expresarse a través de sus demonios. Este reprimido en el inconsciente colectivo (la sombra de Carl Jung) es a la vez un sufrimiento intenso y su anciano mecanismo de represión que había logrado de ocultarlo, de aliviarlo falazmente hasta la decapitación de Marie-Antoinette y Louis XVI. Este mecanismo de represión era un fascismo católico muy parecido al fascismo islámico. Giordano Bruno y Galileo están de acuerdo conmigo. El sufrimiento provocado por la violencia católica (primer mensaje) era reprimido por la “bondad” (segundo mensaje contradictorio) de Nuestra Señora de París.

La subida del sufrimiento reclama un mecanismo de represión capaz de contenerla, de dominarla. Se necesita de un sistema simbólico fascista disponible en el contexto cultural actual. Es el islam que da sentido a los que tienen fragilidades psicológicas y que la psiquiatría podría, o debería, declarar psicóticos en lugar de “radicalizados”. Si los Kouachi se volvieron fascistas es porque, más que otros de su generación, a causa de sus fragilidades, que son porosidad al sufrimiento colectivo, absorbieron el sufrimiento colectivo francés con su mecanismo de represión, el opio católico metamorfoseado en opio islámico.

En realidad, los Kouachi constituyen las primeras y más importantes víctimas sacrificiales. El verdugo es la sociedad francesa misma que proyecta y canaliza su sufrimiento colectivo en estos muchachos. En esta perspectiva, tomando en consideración todo este contexto, la realidad contemporánea nos debe llamar a reflexionar respecto a los innumerables Kouachi potenciales que fragua la sociedad actual, ya que en el fondo, ellos son víctimas sacrificadas, y por ello, más que los Charlies, los Kouachi merecen nuestra consideración, respeto y hasta afecto.

La matanza fue solamente un síntoma de la enfermedad francesa (y de toda la modernidad) que tal vez dobla las campanas de la modernidad que va a comenzar su agonía donde ha nacido, en París.

* * * *

Jean-Jacques Dubois Ph.D. en Ciencias de las Religiones. Hizo su tesis de doctorado sobre la revolución sandinista. Terapeuta canadiense que ha desarrollado un nuevo enfoque, la psicoantropología. La enseña en el departamento de psicología de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua.